

3. UN 27 DE JULIO, UNA BOTELLA DE SIDRA Y UNA PIEDRA ZI

*... senzillament i com si res,
la vida ens dóna i pren paper...*¹³

LLUÍS LLACH

Hola, Toni. No me ha sido nada fácil, pero sabía que un día u otro me tendría que decidir. Sin embargo, te he hecho esperar más de cuatro años. Lo siento.

Ayer estuve en el castillo de Tona. Me apetecía que estuviéramos un rato tú y yo solos, como lo habíamos hecho tantas veces. Y, claro está, tampoco podían faltar la sidra, las copas de champán de plástico y la brisa que corre por aquella punta de roca donde nos reuníamos para celebrar tantas cosas.

Ayer fue parecido. Era 27 de julio. Hace cinco años, aproximadamente a la misma hora, escalábamos los últimos metros de una montaña muy grande, muy nuestra. La última gran montaña compartida. Eran alrededor de las nueve y media. Era el Nanga Parbat.

Para mí ayer fue un día triste. La misma fecha triste de hace un año, dos, tres, cuatro. La verdad es que lo que he sentido durante todos estos aniversarios no me ha dejado indiferente. Un cúmulo de sentimientos mezclados, sobrepuestos y radicalmente diferentes.

Hoy ya hacía tiempo que no dejaba de dar vueltas en la cama. Es domingo y no tengo ganas de ir a escalar. Raro en mí, ¿verdad? Y eso que tengo ya lista la mochila.

¹³ Sencillamente y como si nada, la vida nos da y nos quita papel... (N. del T.)

Hace calor. En la cama no hay quien aguante. Y mientras iba dando vueltas, una idea cada vez más fija y contundente me iba dirigiendo hacia donde me encuentro ahora. Si no me hubiera puesto a escribir, hubiese explotado.

Dolors todavía duerme. Ayer salió hasta muy tarde con unas amigas. A través de la ventana abierta, oigo cómo en la calle las vecinas hablan y gritan a pleno pulmón. La calle es como su casa. Que si Pepita hizo eso, que si Carmen dijo aquello... Bueno, ya sabes que en Balenyà ése es el pan de cada día, ¿verdad? En un pueblo tan pequeño...

Ayer, ante dos copas rebosantes de sidra espumeante, me di cuenta de que la vida es bonita y corta. A veces también es dura, pero es el tesoro más valioso que tenemos. Ha sido un auténtico privilegio. El mejor regalo que me podías hacer. Dejarme estar a tu lado, reír y llorar juntos. Descubrir al mismo tiempo cada eslabón de la vida. Haberte conocido y haber compartido cosas contigo me hace sentirme afortunado. Aquí arriba, con los pies colgando en el vacío, me siento muy afortunado por haber podido compartir la parte más intensa de mi vida con un amigo. A tu lado he descubierto todo lo que esconde y todo lo que significa esa palabra. ¡Qué grande es poder decirla: AMIGO! Hay tantas otras que se le parecen: compañero, colega, socio, tío... Pero *amigo* es la más cercana, la más íntima. La más sincera. Y así, con sinceridad, lo recuerdo todo. Tengo clarísimo que, con el paso del tiempo, las cosas pueden cambiar de perspectiva y que nos vamos apropiando de los recuerdos, moldeándolos a nuestro modo. Dicen que tendemos a recordar los buenos momentos y a aparcar los que no lo son tanto. A menudo, tenemos que realizar un gran esfuerzo para recordarlo todo, a ser posible de la forma más objetiva de la que uno sea capaz. Pero hoy, en el fondo, quizá la auténtica razón que me empuja a hablarte, lo que de modo inconsciente me ha llevado hacia ti es mi estado de ánimo. Me siento extraño. No sé qué debo hacer y, por primera vez en

mucho tiempo, no tengo muy claro qué es lo que persigo. Ya hace dos semanas que me siento así.

Durante estos últimos días no puedo dejar de cuestionarme muchas cosas.

Quizá todo sea un capricho del tiempo o tal vez los efectos de la última y reciente escalada que hemos realizado en los Alpes. Hacía mucho tiempo que no experimentaba unas alegrías, unos miedos, unas angustias y unas satisfacciones tan intensas y profundas.

¡Hace prácticamente tres semanas estuvimos en Suiza y escalamos el Eiger! Sí, sí, lo que oyes, el mismísimo «Ogro» de los Alpes. Claro está que no lo hicimos por la terrible pared norte, pero todo llegará. El caso es que lo escalamos por la arista Mittellegi, y tuvo tela marinera. Éramos tres: Quim, Toni Muns y yo. ¿Te acuerdas de Toni Muns? ¡Sí, hombre, el novio de Roser!

Pues fuimos así de *hippies* y lo metimos en medio de aquella ruta alpina de cierta dificultad y riesgo. Era la segunda vez que se calzaba unos crampones, y la ruta es de un mixto que flipas. La verdad es que lo hizo de maravilla. Creo que si me llego a encontrar en su lugar, con su poca experiencia, me vuelvo enseguida para Grindelwald sólo con ver la arista. Pero no, él no lo hizo. Dio muestras de un dominio y de un autocontrol increíbles. Y también de un buen fondo físico.

Yo, en cambio, sufrí un montón. No te lo puedes ni imaginar. Pendientes de nieve de sesenta grados o más flanqueando la pared norte, más de mil ochocientos metros de pared debajo de mis pies, pasos aéreos a caballo que rompían cornisas, roca hiperdescompuesta en todo el recorrido... En fin, que no podíamos permitirnos ni el más mínimo error. Ni un solo enganche de crampón con las polainas, ni una presa que saltara ni el más mínimo resbalón. En gran parte de la ruta no había posibilidad de asegurarnos, por no hablar ya de montar reuniones. En definitiva, colgábamos de un filo: el filo de una cresta, el

filo de la vida y la muerte. Afortunadamente, salimos de allí colgando del filo acertado. Pero, el hecho de haber salido sanos y salvos de todo aquello (incluso de las tormentas que nos azotaron en el descenso), no me ha dejado indiferente. Me ha marcado más profundamente de lo que hubiese imaginado.

Hoy es domingo y hace un tiempo magnífico. ¿Te acuerdas de que siempre que el tiempo era así de bueno nos íbamos enseguida a la montaña? Escalando, paseando, daba lo mismo, la cuestión era estar allí. Pero hoy debo confesarte que no me apetece para nada ir a escalar ni incluso salir a pasear. Y eso que había quedado con un compañero. Espero que lo comprenda. No me encuentro bien. Y no es que me duela un brazo, la cabeza o la barriga. Ni tengo resaca. La consciencia dirige ahora mis acciones y ha tomado el mando. No puedo escapar. Nunca me había sentido así, excepto cuando te fuiste tú. No escalo porque no me da la gana. Así de claro. Es como si me rebotara contra mis propios instintos. La voluntad de negarme supera los instintos, tan arraigados en mí.

Poder ser capaz de prohibírmelo me hace sentirme valiente. Soy suficientemente valiente conmigo mismo como para ser sincero y respetármelo. Una parte de mí ha tomado una decisión, y la otra —la que siempre se impone, me hace salir a la calle y olvidar— ha agachado la cabeza, se ha tragado todo el orgullo de este YO tan magnífico y ha obedecido. He tomado la decisión de renunciar a mis instintos. Necesito tiempo para reflexionar sobre unos hechos que requieren atención y una lenta asimilación. Si vuelvo a escalar enseguida, estoy seguro de que iré demasiado rápido. Demasiado rápido olvidando, y *aquí no ha pasado nada*. Y es que, si lo analizamos con frialdad, podría haber pasado. Todo podría haber terminado. Pero quiero asimilarlo en el tiempo que le corresponda. Mi cabeza y mi espíritu así me lo piden.

Un día de éstos, Toni, te contaré toda la ascensión paso a paso, y así te harás una idea. ¿Qué te parece?

Estos últimos días me encuentro en medio de una especie de resaca de emociones. Creo que allí me «emborraché». Y es que había mucho y era muy bestia.

No me asalta ninguna duda sobre lo que hicimos, el tipo de ascensión que escogimos, pues sé perfectamente que no es, ni mucho menos, de dificultad extrema. Sé que se encuentra al alcance de muchos alpinistas. Eso lo tengo clarísimo. Lo que pongo ya más en tela de juicio es la forma de hacerlo. He recordado en cientos de ocasiones lo que estuvo a punto de sucedernos en aquella arista. He recordado también la suerte que tuvimos y que tanto tentamos. Hubiera resultado muy fácil perderlo todo en un solo segundo. No hay día que no me pregunte si fuimos un poco temerarios. Creo que por una parte sí, pero creo que nuestra auténtica temeridad fue no tomarnos con frialdad la montaña. El hecho de pensar: ¿Cómo será que no nos salgamos con la nuestra? El hecho de no valorar el auténtico riesgo de una empresa de tal envergadura. Aquella tranquilidad que tanto me hermana con Quim, ¿verdad? Creo que no se trató de ninguna temeridad intencionada o interesada, sino más bien del hecho de no dar importancia alguna a momentos realmente fundamentales.

¡Ah!, me olvidaba de una cosa. ¿Sabías que durante la escalada al Eiger perdí la piedra Zi¹⁴ que una anciana tibetana me vendió en Namche Bazar el año pasado? Estuvimos en el Ama Dablam, allí donde los dioses son grandes montañas blancas y las oraciones viajan en el viento.

¹⁴ Símbolo ornamental y de naturaleza sagrada del pueblo sherpa y tibetano. Se suele llevar colgada del cuello en forma de collar. También llamada «piedra sagrada de los sherpas». A estas piedras se les atribuyen poderes mágicos, al creerse que actúan como un barómetro del alma.

